

***“El sueño casi imposible” ( Canto a Rafaela ) de Don  
Mario R. Vecchioli.***

***Una propuesta de lectura. \****

**Por Julio Gómez**

Umberto Eco ha afirmado que “*El título no es una estructura ausente*”. En tal sentido habrá de ser observada aquí la circunstancia de que el poeta ha denominado a su poema “*El sueño casi imposible*” en donde se destaca la acertada concurrencia de los dos elementos fundadores: el sueño y el trabajo, que hará, precisamente, posible lo imposible – de ahí el “*casi*” - es decir no la radical imposibilidad sino la necesaria y tenaz labor personal y comunitaria, sueño de un hombre y de un pueblo armónica y adecuadamente conjugados como veremos luego.

Pero hay aquí también, y no ausentemente tampoco, un subtítulo que no por aparecer como cumpliendo una función casi exclusivamente aclaratoria y de situación o enmarcamiento carece de significación profunda. Y es, como se sabe, el de “*Canto a Rafaela*”. Con la palabra canto se alude a nuestro juicio a una doble valencia para lo cual es el propio poeta el que nos aporta las claves. Observemos: ha dicho “*canto*” con lo cual ha dicho “*vida*” porque es él mismo, como decíamos, el que viene a aportarnos la propia pauta de interpretación al indicárnoslo, señeramente, en su palabra: *Recién nacido el canto/ con que en la tierra apareció la vida*” dice. Y si dice “*vida*” antecedente y, consecencialmente, dice amor pudiendo concluirse, entonces, no traicionándolo sino leyéndolo “de profundis”, que el poeta ha querido ofrecernos y decirnos su más encendido Canto ( de amor y vida ) a Rafaela.

Pero hay más todavía: si el canto es, por excelencia, el dador de vida, su oficiante máximo – el poeta – es quien, con la palabra, la instaura y así bien puede afirmarse que, de un modo trascendente, y ya en el orden del símbolo y del mito, Don Mario viene aquí – con su “*Sueño casi*

*imposible ( Canto a Rafaela )*” - también él a crearla en el sentido de esa función del poeta que ya agudamente le atribuía Don Leopoldo Marechal. Ya no solo entonces la Rafaela que engendran – sobre la tierra y con y

desde el trabajo – Don Guillermo Lehman y aquellos gringos fundadores sino la que crea – y recrea – su poeta, que también es, y como se sabe, el soñador por antonomasia.

Sueño de Guillermo Lehman, pues, y de sus gringos fundadores como decíamos. Y sueño de Don Mario. Ambos – por el trabajo aquél, por la palabra éste - dadores de la vida. Vida que se nos aparece, entonces, en esa doble – y no menos cierta cada una – concreción de existencia: la de la historia y la de la leyenda. Una Rafaela de la historia y una Rafaela de la leyenda como el mismo poeta nos lo dice ( “*Antes del bronce al fundador insigne/ donde la historia y la leyenda se unen*” ). Bronce que será también el de su palabra, auténtico monumento literario.

Leyenda que es, asimismo, una historia aunque no en el significado de crónica sino de canto, precisamente, ya que, como lo quería Machado: “*Canto y cuento es la poesía/ se canta una viva historia/ contando su melodía*”.

“Canto” como explícitamente lo ha nominado su poeta. Pero “historia” a un tiempo como surge de la organización del texto que encadena y refiere sus poemas – uno a uno – adquiriendo significación y sentido en este aspecto el hecho de que, tras “*El pórtico*”, virtual introducción a los protagonistas y al escenario de la gesta ( “*El hombre y la tierra*” ), cada uno de ellos se numere en una nítida concatenación casi capitular de catorce estadios.

Y en el desplegarse del “Canto” aquél hombre del “pórtico” es a un tiempo la persona única, irrepetible, histórica – individual – y el común – un pueblo -. Y la razón que los motiva: el surco y la semilla, de allí la trascendencia de la tierra. No es una historia grandilocuente – “pequeña” la llama el poeta – pero la sabe, ciertamente, por humana y por eso digna, “grande”. Y en apretada y sólo aparentemente contradictoria fórmula lo dice: “*Una pequeña historia grande*”. Aparece acá el tema de la “deuda enorme” que de algún modo el poeta viene a pagar y a requerir su reconocimiento. Y ya no solo para el fundador sino para el pueblo: “*Para esos gringos tuyos, ciudad mía/ te pido el bronce*” dirá más tarde. Y en este escenario de la historia, junto y desde sus protagonistas, el poeta, que como hemos dicho es su cantor, su celebrante, quien la recrea desde la

memoria agradecida – que es, a un tiempo, la de todos - porque, poeta como hemos señalado, él es el “fuego” “*la memoria de la especie*”, como se ha dicho, y por eso “*no olvidó ni olvida*”, final de poema en el inicio

que casi se levanta como una advertencia de lo que no es una obra concluida sino una constante continuidad en vigilia por su pueblo.

En los poemas “*Antes .....*” y “*La Pampa*” que comunican, desde el título, por vía de los puntos suspensivos del primero y por vía de su último y primer “antes”, advertimos la presencia de la tierra ( aquí “la pampa”, voz que evoca, literariamente, lo indo – criollo ) como un edén perdido. Resuena, pues, la antigua historia ejemplar de la Biblia en su Génesis y prepara la inscripción de la gesta que el poeta canta y cuenta en el más vasto marco referencial de aquélla de tal suerte que su actor – Guillermo Lehmann y sus actores - los gringos fundadores - aparecen así como Adanes y Evas nuevos. Y el nacimiento y continuada construcción de Rafaela hasta el presente como un contemporáneo y renovado Génesis, raíz del y de un mundo.

Y como en todo andar del héroe - aquí, recordémoslo una vez más, de un héroe y de unos héroes fundadores - el tema del viaje porque la epopeya se hace y se ha hecho peregrinando desde un mundo a otro. Los ojos de Guillermo Lehmann serán así “*de color Europa*” lo que evoca el mundo abandonado que, ahora, está al frente del nuevo que decíamos y ante el que, una vez más, el poeta convoca la paradisiaca referencia: “*El viajero ha frenado su caballo/ y escucha, mira y piensa.// El día luminoso/ es de profunda beatitud edénica*” ( Guillermo Lehmann ).

Y como toda aventura del héroe su marcha conlleva la posesión del nuevo mundo. Con evidente alusión al amor, decíamos al principio que es éste un canto y una tarea de aquél, el poeta dice de la tierra como mujer tendida para el encuentro fecundo con el recién llegado: “*La escucha cómo, bajo de él, ahora,/ respira, poderosa y bella,/ con esa su actitud de virgen/ sumida en deliciosa espera*” ( Guillermo Lehmann ).

Pero también, y como en todos los caminos del héroe, está la amalgamada convivencia de ambos mundos: el que se abandona y el que se quiere y se sueña nuevo: “*Su mente visionaria lo traslada/ en el delgado hilo de una idea/ desde la evocación del viejo tiempo/ a las edades venideras// Y ve esa misma pampa en el mañana;/ oro de espigas que a la brisa ondean,/ campos feraces, laboriosas chacras,/ pueblos que surgen de las mansas glebas*” ( Guillermo Lehmann ).

¿ Pero qué los ha hecho abandonar aquel mundo ? ¿ Quién o qué ha operado como despertador para la travesía ? Creemos que es en la IV instancia de su Canto en donde el poeta nos responde ya no como historiador ni como sociólogo sino desde la apretada precisión de sus

adjetivos: *“Eso que el barco tira sobre el muelle / con el desdén con que se arroja un bulto, / es el dolor sobrante de una raza / que supo del poder, la gloria, el yugo//Carne sufrida de los verdes valles”* ( Los inmigrantes ). Y es en esta misma instancia de su Canto – el IV – en donde el poeta nos advierte de otra de las grandes circunstancias de la epopeya: la del dolor, la de la noche oscura y de la pesadilla del héroe que aquí adquiere el rostro de la nostalgia, zona casi ominosa a pesar de su origen sólo vencida por la esperanza del mañana numinoso: *“La sangre que con ellos viene/ les llora el tiempo que quedó tras suyo:/ la casa, el pueblo, los afectos,/ las cosas todas del terruño.//Más tarde, todavía,/lejanos vientos les traerán susurros/de patria inolvidada. Y los recuerdos/los morderán como un dolor agudo.//Pero ellos son los númenes/que han de crear un mundo.”* ( Los inmigrantes ).

La nueva tierra es tan ese espacio numinoso que aquél Edén perdido de la pampa se erige como un “Canaán soñado” es decir como la Tierra Prometida por donde una vez más la poesía de Don Mario inscribe, como decíamos, la gesta a la que canta en la del Pueblo de Dios en su marcha por el desierto. Y porque es la Prometida y es por ello la del amor es ya la última: *“Comprenden que ese es el Caanán soñado/para volcar su potencial de músculos .....// Y escuchan ya como en su sangre/la voz del sueño que trajeron juntos/los predestina y funda en esta tierra/para el amor definitivo y último.”* ( El arribo ).

“La aventura”, como el poeta la denomina, no será, sin embargo, un andar siempre de felicidad continua. Por el contrario el dolor y la pesadilla – allá nostalgia como hemos visto en algún canto anterior, aquí la muerte, la resistencia de la misma tierra, la amenaza de los antiguos pobladores – no estarán ausentes: *“Alguien enterrará sus sueños/ de primavera niña./ Alguien tendrá que blasfemar caminos/ rastreando huellas indias.// El sol, la soledad, las fiebres,/ la alimaña, el silencio, la fatiga/habrán de atormentarlos/ hasta llegar a umbrales de agonía.// Y en la negrura de las noches largas/ sabrán de pesadillas.// Alguna vez invocarán la muerte./ Alguna vez, maldecirán la vida.”* ( La aventura ).

Pero el mañana es la razón de ser, como decíamos, de esta tenacidad. Mañana que se sueña desde la palabra misma fundadora como

no podía ser de otro modo en un poeta: *“Y cavan los primeros pozos./ Y alzan el rancho que será su casa./Y desmalezan. Y echan la cintura/ a que se agote en la labranza.// Nadie se da descanso. Nadie/ desmaya en las difíciles jornadas.*

*// El hoy no existe ya, el ayer tampoco./ Solo hay un tiempo, el de mañana.” ( Los primeros tiempos ).*

Y que impide – veda si se quiere – el volver y el ya dolerse.

Todo mañana, entonces, como lo sugiere la encadenadura de los “Cantos” o de sus instancias en el “Canto” – La Aldea, El Pueblo, La Víspera, la Ciudad, El Presente -.

Cantos – ya con los hijos de los padres fundadores - en los que ya no se advierte la presencia del dolor ni de la pesadilla.

Y en el Canto Final el reclamo del poeta por esa deuda aún no cumplida, y de la que ya hablábamos en el inicio, para con los anónimos – pero no por eso olvidables - héroes de la gesta y a los que ahora, querría ver salvados en la definitiva instancia de la materia imperecedera, como seguramente habrá de serlo, asimismo, la de su también homenajeante palabra fundadora: *“Pero la antigüedad del surco/ es todavía demasiado joven/ para que nadie olvide/ los respetados nombres.// Los gringos que hoy, allá en el fondo/ de su infinita noche/ seguramente todavía juegan/ al sueño que trajeron del Piamonte:/ el sueño aquel de paz, de pan, de hijos,/ de pampa gaucha y noble/ conque empujaron el milagro/que por tus anchas venas corre.// Es bueno recordar lo que ellos dieron/ Es bueno no olvidar la deuda enorme.// Para esos gringos tuyos, ciudad mía,/ ¡ te pido el bronce!.*

\* Escritas estas palabras como base para exposiciones orales que en homenaje a Don Mario R. Vecchioli hiciéramos tanto en su Rafaela como en esta Santa Fe de la Vera Cruz hemos querido conservarlas como tal para esta publicación escrita. Quiera nuestro lector tenerlo en cuenta.

